

SÁNCHEZ, REMEDIOS (2016). *Palabra heredada en el tiempo. Tendencias y estéticas en la poesía española contemporánea*. Madrid: Akal.

La efervescencia en el campo lírico hispánico con la que se inauguró el siglo presente ha ido de la mano de una no menos agitada labor crítica que, caminando a la zapa, ha tratado de conjurar dos riesgos: el de abdicar ante un panorama creativo abigarrado y rizomático, refugiándose en lugares comunes como el eclecticismo o la heterogeneidad; y el de precipitarse en la canonización de trayectorias poéticas que, si bien no ocultan sus deudas y herencias, parecen resistirse a la inmovilización categorizadora o generacional.

A las lúcidas páginas que a este desbroce han dedicado investigadores como Vicente Luis Mora, Juan Carlos Abril, Rafael Morales, Juan José Lanz, Juan Cano Ballesta, Ángel Luis Prieto de Paula, Martín Rodríguez-Gaona o Alfredo Saldaña, por citar sólo algunos de los autores de los estudios genéricos sobre poesía actual más estimulantes de los últimos años, hemos de sumar publicaciones colectivas en las que la mirada crítica se multiplica, como si a una poesía policéntrica hubiera de corresponderle una lectura caleidoscópica. Son de obligada cita, entre otros *Los usos del poema*, de Laura Scarano (2008); *Poesía española posmoderna*, de María Ángeles Naval (2010); *Malos tiempos para la lírica. Última poesía española (2001-2012)*, de Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría (2013); o *Reinventar el lirismo. Problemas actuales sobre poética*, de Alí Calderón y Gustavo Osorio (2015).

Sin embargo, los trabajos cooperativos a menudo sacrifican como peaje por su pluralidad un grado nada desdeñable de ambición y congruencia discursivas y, por

consiguiente, suelen adolecer tanto de ausencia de complicidad entre los diferentes artículos, mera concatenación de monólogos impermeables, como de incapacidad de proponer un relato completo, articulado y verosímil de nuestra historia poética reciente, sin lagunas o ausencias (deliberadas o no). Ninguna de esas limitaciones está presente en *Palabra heredada en el tiempo. Tendencias y estéticas en la poesía española contemporánea (1980-2015)*, coordinado por la profesora de la Universidad de Granada Remedios Sánchez: afán de exhaustividad y voluntad dialógica, aunque con resultados desiguales, recorren la nutrida colección de estudios que componen el volumen editado en 2016.

En la breve ‘Presentación’ con la que Sánchez inaugura la polifónica radiografía de nuestra lírica en democracia se explicitan propósitos y convicciones epistemológicas e ideológicas que sustentan este trabajo. Así, Sánchez aboga por un “debate sereno, heterogéneo e independiente” que dé respuesta crítica a una poesía en la que conviven “distintas tendencias y estéticas” (Sánchez, 2016: 5). Si nada debe objetarse a ese saludable empeño de sacudirse inercias investigadoras y de responder a la pluralidad de texturas poéticas con generosidad y sin tabúes, menos evidente parece la afirmación de que “Han pasado ya los tiempos de conflicto y diferencias insalvables” (íbidem: 6), que sugiere una suerte de superación de la lucha de clases en el campo literario, alcanzándose una supuesta síntesis dialéctica que en este estudio tiene nombre y apellidos.

De cualquier modo, dejemos para las conclusiones de esta reseña la evaluación de la arquitectura argumentativa del trabajo para, por el momento, detenernos en el apunte, siquiera apresurado, de aquellas aportaciones que consideramos más

destacables. Comienza *Palabra heredada en el tiempo* con un desafío epistemológico lanzado por Juan Carlos Rodríguez (a quien se dedica la publicación de modo póstumo) y que debiera ser toda una hoja de ruta para quienes ejercen la crítica literaria: “el problema no radica nunca en las respuestas, sino en la manera de plantear las preguntas” (íbidem: 10). Con esta aseveración, tomada de Marx, como frontispicio, Rodríguez parte de sus conocidas reflexiones sobre el inconsciente ideológico y la producción de la subjetividad para contextualizar la irrupción de *La Otra Sentimentalidad* de una manera desusada y sugerente, como respuesta histórica a una persistente modulación (también histórica y, por ende, optativa) del objeto lírico, que consistiría en su encapsulamiento. Así, el movimiento surgido en Granada en los albores de la democracia, más allá de la reducción casi caricaturesca con la que en ocasiones se ha esbozado su gramática, trataría de combatir lo que se denomina en el artículo “sustantivación poética”, esto es, el arrinconamiento de lo lírico en el limbo acotado y desactivado de una intimidad prístina, desgajada de lo público y lo político. La desacralización de la escritura poética, una palabra radicalmente histórica, la problematización de la noción de autoría y el cuestionamiento de la supuesta autonomía de sujeto y objeto artístico serían, *grosso modo*, las herramientas empleadas para una poesía que deseaba reconectar privacidad y comunidad desde el territorio quebradizo de la experiencia. Y más sugestivas se antojan las conclusiones de Rodríguez y sus críticas a los constantes intentos de *pacificación* y *estetización* de los discursos líricos si se atiende al armisticio poético que se nos impone como relato al final del volumen o, más allá de este trabajo, pero en la misma línea de celebración de cierto mestizaje

inoperante, si se presta atención al nada casual resurgimiento viral y editorial de estéticas neorrománticas y solipsistas, apadrinadas en algún caso por epígonos de la experiencia. Es digno de elogio que un texto crítico albergue, generoso, su propia impugnación. Y no es ironía.

A las palabras de Juan Carlos Rodríguez siguen otros trabajos que, analizada ya la gestación y fines fundacionales de la *Poesía de la Experiencia*, se ocupan de su deriva en absoluto unívoca, con especial atención a quien es aún hoy su más reconocible y reconocido rostro: Luis García Montero. El artículo de Pablo Aparicio Durán es casi una glosa (en su acepción más noble) del texto de Rodríguez y su natural continuación en el volumen, aunque se pone el énfasis en la reivindicación por parte del grupo granadino de la naturaleza contextual e histórica del acto poético frente a tentaciones idealizantes o trascendentes. Las palabras de Luis Antonio de Villena, que conjugan reflexión acerada y memoria testimonial de quien ha sido y es uno de los mejores ojeadores de nuestra lírica, subrayan el hecho de que la *Poesía de la Experiencia*, que Villena prefiere denominar *corriente realista-meditativa*, convivió desde su génesis con otras estéticas que no fueron del todo soterradas ni ignoradas, y que en ocasiones se hibridaron con las mutaciones de la estirpe figurativa en el cambio de siglo, alertando así contra simplificaciones dicotómicas del tipo “«poesía figurativa» *versus* «poesía abstracta», o «poesía de línea clara» frente a «poesía del silencio” (íbidem: 47). José Luis Morante y José Andújar se ocupan extensamente de la trayectoria de García Montero. El primero, haciendo del poeta y profesor de Granada y de su devenir hacia lo meditativo y lo contingente la cúspide de una genealogía ubérrima, entre cuya progenie habría que

contar con los protagonistas en el nuevo milenio de la llamada “ruptura interior de la poesía de la experiencia” (ibidem: 53), o, ya en nuestros días, con la *Poesía ante la incertidumbre* y su “alejamiento del discurso fragmentario, el rechazo al enfoque hermético e irracionalista que oscurece la comprensión, la carga emocional del poema y la necesidad de una escritura con sentido crítico” (ibidem: 58). Dibuja así Morante un hilo rojo de las tradiciones figurativas en el que las esporas de *La Otra Sentimentalidad* inauguran nuevos itinerarios mestizos en los que, sin embargo, la impronta inicial no deja de ser visible. Y el segundo, Andújar Almansa, recoge el guante de Morante para, desde el análisis del poemario *Vista Cansada* (2008), apuntar cómo la intensificación de los registros meditativos y existenciales del último Montero, lejos de ser un abandono y/o traición de los planteamientos iniciales de compromiso y comunicabilidad, constituyen otro modo, de los muchos posibles, de reconectar lo público y lo íntimo, una “compartida soledad” en la que diálogo y monólogo interior se requieren mutuamente.

Los siguientes textos, a cargo de Miguel Galanes y Raquel Lanseros, perseveran en el mantra que da cohesión al volumen: la historia de nuestra lírica en los años 80 y 90 debiera repensarse y rescribirse para acoger y reconocer las divergencias y disidencias que coexistieron con la hegemónica poesía de la experiencia. Si bien esta reivindicación no está exenta de ciertas paradojas (se insiste en la corriente realista-meditativa como “tendencia dominante”, cuando precisamente se demuestra a cada página que, más allá del reconocimiento crítico y académico y la fortuna editorial, fueron legión los y las poetas que cultivaron itinerarios singulares sin necesitar el abrigo de filiación alguna), se agradece la amplitud de miras y el

desbordamiento del canon al uso. En el marco de este empeño, Galanes reivindica el legado del Sensismo (una variante de la figuración más fenomenológica que marxista, si atendemos a sus razones), en tanto que Lanseros radiografía la tímida heterodoxia de poetas que, como Eloy Sánchez Rosillo, Antonio Hernández o Joan Margarit, habitan los intersticios de tradiciones en las que lo cotidiano, lo meditativo y lo elegíaco se amalgaman. Y el mismo deseo de poner en tela de juicio convenciones y rigideces preside el artículo de Manuel Rico, aunque en su caso no se trata de reclamar atención para escrituras periféricas, sino que advierte de los trazos gruesos con los que a menudo se despachan los tránsitos entre periodos y movimientos, esquematismos quizás útiles para manuales escolares, pero perniciosos para la historiografía literaria. En esta ocasión Rico, de manos del afortunado concepto de *ruptura escalonada* (parejo al de *ruptura interior* de Villena antes recordado), invita a repensar las no tan antinómicas relaciones entre las poéticas del 50-60 y la de los novísimos desde la porosidad y las filiaciones oblicuas, de manera que el ensanchamiento del espacio realista promovido por los primeros, sobre todo en la concepción del lenguaje, germinaría en el golpe de timón de los segundos. Lo mismo afirmará Prieto de Paula unas páginas más adelante, cuando afirme que “la estética sesentayochista no sólo no habría cortado la continuidad de la poesía española, sino que procedía de ciertas líneas de aquella” (ibidem: 245).

Las páginas dedicadas al sosias, o reverso tenebroso, de las poéticas de la experiencia, la entonces denominada *Poesía de la Diferencia*, contienen una doble virtud. De una parte, y de forma consecuente con la voluntad integradora expresada por Remedios

Sánchez en el preámbulo del libro, poetas y/o críticos de la *Diferencia* comparten tribuna y vecindad con su archienemigo figurativo, algo impensable antaño, cuando la política de bloques y el *guerracivilismo* dinamitaron espacios académicos y editoriales de entendimiento y contagio. Y, de otra parte, precisamente gracias a que este volumen permite transitar de una a otra poética sin prejuicios ni dogmas (y es un lujo), porque la volatilidad de algunos argumentos revela, calmado tiempo ha el ardor guerrero, la inconsistencia estética (que no política, tal vez) de aquella aventura que se quiso numantina y devino perejilera. Como ejemplos, el empeño de Enrique por destilar una supuesta identidad histórica de la literatura patria, amenazada al parecer por veleidades extranjerizantes; la paradoja en la que incurre Garrido Moraga, que niega preceptivas en la *Diferencia* para luego, en un insospechado giro de guión, inventariar nada menos que 35 rasgos formales que sostendrían la cohesión de la no-escuela; o las tesis de Rodríguez Jiménez, que evidencian que tras la apelación insustancial a la pluralidad se ocultaba una indisimulada ansia por acceder a prebendas periodísticas, editoriales y académicas, en nombre de una discriminación positiva que garantizara cuotas, o cotos, en el mercado literario.

Se abandona el panegírico o la hagiografía y se regresa felizmente al rigor académico y a la objetividad crítica con los textos que se ocupan del círculo de Valencia (Sergio Arlandis), de la poesía femenina (María Rosal), de la modernidad híbrida y poliédrica de Antonio Carvajal (José Cabrera), o de disidencias de más calado y envidia que las de la *Diferencia*, justo las que nacen en el margen izquierdo de las prácticas de la Experiencia. La prosa tajante y sentenciosa de Jorge Riechmann esboza una de las

poéticas que con más lucidez y empeño ha sabido desbocar los límites autoimpuestos de las estéticas contestatarias, y sirve de prólogo a las actualizaciones del compromiso poético llevadas a cabo por Araceli Iravedra y Miguel Ángel García. Especialmente ponderado y certero es el análisis de Iravedra, que fuerza un diálogo entre colectivos como Alicia Bajo Cero o Voces del Extremo y Luis García Montero, desmontando falsos antagonismos y diagnosticando las fortalezas y flaquezas de las tradiciones experimental y figurativa, y desde la advertencia del “estrecho margen de maniobra del género poético en la modificación de una realidad que, de entrada, se muestra del todo ajena a los juicios sumarísimos del verso” (ibidem: 226).

Con el cambio de milenio los trabajos ganan en riesgo y, por tanto, en interés. Si hasta el momento el mérito del volumen residía sobre todo en una revisión diacrónica y más que solvente de los trasiegos poéticos de las dos últimas décadas del siglo XX, desechando compartimentaciones estériles y lugares comunes y proponiendo sinergias y deslizamientos entre generaciones y corrientes, la cartografía del aún pantanoso terreno de la lírica coetánea exige, como se apuntaba al comienzo de esta reseña, altas dosis de intuición y prudencia para que las lecturas provisionales no sean lecturas prescritas al poco de enunciarse. De brillante puede calificarse el texto de Ángel L. Prieto de Paula, y no sólo porque en pocas páginas traza con envidiable sencillez y clarividencia las mudanzas de nuestra poesía reciente, desechando falsos hiatos e iluminando correspondencias entre lo que denomina “estéticas provenientes del realismo dialéctico” y “las emanadas de una concepción gnoseológica del decir poético”, hasta el análisis del “adelgazamiento de la

referencialidad” a finales del XX (ibidem: 245, 252). De todos los estudios que componen el volumen, el de Prieto de Paula es el único que recorre, siquiera sumariamente (excepción hecha de Laura Scarano, que hace una brevísima referencia a la poesía en la red) las nuevas condiciones materiales de la producción y recepción del hecho poético: la descentralización (y devaluación a veces) de la labor crítica, a menudo en manos de los propios poetas; la diversificación de los formatos de publicación y difusión de textos; la burbuja editorial/institucional en los años anteriores a la crisis; el uso y abuso de la antología como instrumento para la legitimación de propuestas canónicas; o la “especialización del lector de poesía”, creador también las más de las veces, condición jánica que puede devaluar el discurso lírico a la categoría de argot de una casta desgajada del común de los lectores.

Con el artículo de la anfitriona Remedios Sánchez, que se ocupa de la puesta al día de la dicotomía estética comunicación/conocimiento, irrumpen en la publicación las categorías que, deudas del pensamiento posestructuralista, con mayor o menor fortuna sostienen la lectura crítica de la poesía coetánea. Así, fragmento, esquirra, incertidumbre, escisión, desorientación o precariedad intentan dar soporte conceptual a escrituras polimórficas que en ocasiones se dejan definir mejor por lo que impugnan o superan que por lo que procuran. Laura Scarano enumera las antologías y estudios colectivos que, en los últimos años, y extinta la era de generaciones y linajes, articulan ascendencias y descendencias poéticas desde la contingencia. Alí Calderón, algo categórico en más que discutibles aseveraciones como “La historia de la poesía española de los últimos cuarenta años es la

historia de un agotamiento” o “España escribe desde el Yo. [...] [N]o hay en la poesía de lengua española una problematización verdadera de la enunciación” (ibidem: 289, 293), se desdice a sí mismo en el estudio a vuelapluma de autores como Manuel Vilas, el omnipresente García Montero, Unai Velasco, Mariano Peyrou, Carlos Pardo, Rafael Espejo o Elena Medel, entre otros. Más adelante, Juan José Lanz se aleja con la solvencia habitual del fetiche conceptual para vincular fragmentarismo con las retóricas de la refutación de enunciados líricos cerrados, conclusivos y satisfechos de sentido, en beneficio de la ambigüedad, la otredad, la excentricidad y lo liminar. Juan Carlos Abril, que suena mayor de lo que es, pero sabiamente, reclama lentitud y perspectiva (creadora y lectora) ante los trampantojos de un mundo virtual inasible y trilerero. Y, en fin, Luis Bagué Quílez sobrevive con nota a la inmersión en el proceloso y sobreexplotado mar de las variopintas fórmulas de (des)subjetivación enunciativa, relacionando identidades diluidas con “una forma de razón crítica” (ibidem: 370) que daría principio a compromisos de nuevo cuño.

En compañía de una voluntariosa celebración de la multiculturalidad y la fraternidad ultramarina (textos de Pedro Larrea o José Sarria), Remedios Sánchez, Laura Scarano (aunque sólo parcialmente), Fernando Valverde, Santiago Espinosa, Allen Josephs y Luis David Palacios se empeñan, con más ganas que acierto, en insuflar vida y credibilidad académica a la *Poesía ante la incertidumbre*, el primero de los constructos que comparece en el tramo final del volumen, que se pretende herencia y “evolución natural” panhispánica de la Poesía Social y la Experiencia. Manifiesto y antología mediante, el sustrato intelectual de

esta aventura poética transatlántica es tan laxo (comunidad idiomática transatlántica y condena del hermetismo expresivo) que a veces el discurso crítico se torna místico: “Se busca devolver a la humanidad el fuego sagrado de las palabras humanizándolo” (Sánchez, 262) o “Cuando la poesía comunica y emociona se produce un milagro, el milagro de la literatura” (Valverde, 311). Epifanías al margen, no debe olvidarse que tras el bienintencionado y poscolonial mestizaje se oculta casi siempre, embozado, el veneno de la homogeneización y la aculturación, hijas no deseadas del universalismo ilustrado, que aquí adoptan la forma de recepción naïf de la Experiencia.

Pero es la segunda de las contribuciones del libro objeto de esta reseña, el *Humanismo Solidario*, la que entendemos lastra el conjunto por su falta de trabazón y convicción. Desde un nuevo intento de apropiación y banalización de tradiciones diversas (Antonio Machado, el romanticismo cívico de la Promoción de los 60, otra vez la Experiencia más alejada de los presupuestos iniciales de La Otra Sentimentalidad), que tienen en común una estética de la claridad y una disposición ética, y como réplica a un retrato apocalíptico, casi de encíclica, de nuestro presente (vaciamiento humanístico de los saberes, imperio del cientificismo más plano, cosificación de la individualidad, ninguneo de la noción de tradición, dictadura de la innovación y la aceleración), surge inmaculado y épico el *Humanismo Solidario*. Aunque, no sin cierta ingenuidad, se insiste en la absoluta originalidad del marbete -Francisco Morales habla de una “novedosa propuesta de reflexión crítica sobre la realidad” (391) y Albert Torés de “fenómeno absolutamente nuevo” (399)- y se quiere demostrar su solidez con el argumento de que “cuenta con un sitio web,

una hoja de ruta, un manifiesto y una serie de publicaciones” (ibidem: 397), lo cierto es que el invento, innegablemente posmoderno en su afán de contentar a todos (compromiso *ma non troppo*, “un eclecticismo inteligente”, rehabilitación de una subjetividad indubitada y liberal, vagas apelaciones a la solidaridad con los otros y lo otro, y una “conciencia sentimental” de lo real) de tan vago resulta ineficaz, porque para formar parte de él sólo basta con escribir poesía y no ser un desalmado irredento. En el último de los artículos del libro, Marina Bianchi llega más lejos en esta voluntad inclusiva, erigiendo un *locus amoenus* en el que evasión esteticista, figuración realista e intimismo, pulidas las aristas, confluyen, porque “el compromiso entendido como relación del autor con el mundo puede manifestarse en las tres tendencias”, de modo que “la poesía actual comparte la heterodoxia como actitud existencial y el poema como expresión de un ser dolorido, alienado y desconfiado” (ibidem: 429, 433). Una *pax perpetua* que recuerda menos al optimismo de Kant que a los perros de Mayorga afanados en formar parte del K7, equipo de élite antiterrorista. En el caso que nos ocupa, el terrorista a batir parece el conflicto, la nada vergonzante dialéctica entre estéticas, que remite a la coexistencia no necesariamente armónica entre concepciones del mundo.

Poesía ante la incertidumbre y *Humanismo Solidario* persiguen dar honesta pero infructuosa respuesta a los abismos, paralelos y comunicantes, a los que se asoman creación y crítica poéticas en nuestro hoy: la primera, a la orfandad de coordenadas generacionales y grupales estables propia de un campo literario atomizado y multirreferencial; la segunda, a la creciente trivialidad de una teoría literaria autotélica y a la caducidad de

anclajes epistemológicos que den cobijo a lecturas acertadas y perdurables. Pero, siendo también honestos, se trata de una respuesta (más bien reacción, en el sentido más conservador del término) perezosa que ilustra, además, lo que Peio Aguirre llama obsesión de la crítica por la *tematización*:

Resulta innegable que una parte de la producción cultural funciona como si de un parque temático se tratara [...]. La tematización del arte contemporáneo reduce la complejidad de la realidad a un tema. La industria cultural obtiene dividendos del tema. [...] Si miramos a nuestro entorno, difícilmente podemos asir nada que se presenta como un tema. Lo que se nos ofrece a nuestra inspección es siempre una multiplicidad de realidades en continua contradicción y conflicto. El pensamiento conservador se escuda en el tema e intenta siempre comparar aquello que contempla con el tema dado de antemano. Con la tematización se realiza cualquier teoría de la reificación y el fetichismo en el consumo cultural. Encontrar maneras de escapar de la tematización, como un Houdini en apuros, es menester de una crítica que se pretenda contemporánea y adaptada al presente (Aguirre, 2014: 220).

Tal vez hubiese sido más adecuado llevar hasta sus últimas consecuencias el oxímoron del *canon abierto*, alumbrado también por Remedios Sánchez -en el que por cierto no debieran faltar las referencias ni a la poesía más experimental y transgresora (visual, objetual, performativa, cibernética, heteroglósica), la gran olvidada del volumen, ni a la más comercial y *mainstream* pero que constituye un fenómeno editorial inédito-, y entregarse sin complejos a un final abierto, coherente con la voluntad antidogmática que preside la edición. Y es que el nada disimulado discurso teleológico con que se trata de cerrar en falso la por otra parte ambiciosa y rigurosa relectura que se hace de nuestra poesía en democracia tiene cierto

regusto a nostalgia de identidades y periodizaciones fuertes y duraderas, cuya adición se quiere combatir en vano con placebos que no están a la altura del esfuerzo de síntesis realizado.

Y, sobre todo, hubiese sido más acertado ser fiel a los consejos iniciales de Juan Carlos Rodríguez. Porque *Poesía ante la incertidumbre* y *Humanismo Solidario* son precisamente ejemplos de la antes abordada *sustantivación* de la lírica, de *ambarización* o embalsamamiento de las prácticas poéticas para su cómodo consumo envasado en las grandes superficies del capitalismo artístico.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AGUIRRE, PEIO (2014). *La línea de la producción de la crítica*. Bilbao: Consonni.

BAGUÉ QUÍLEZ, LUIS Y SANTAMARÍA, ALBERTO (eds.) (2013). *Malos tiempos para la épica. Última poesía española (2001-2012)*. Madrid: Visor Libros.

CALDERÓN, ALÍ Y OSORIO, GUSTAVO (eds.) (2015). *Reinventar el lirismo. Problemas actuales sobre poética*. Granada: Valparaíso.

NAVAL, MARÍA ÁNGELES (ed.) (2010). *Poesía española posmoderna*. Madrid: Visor Libros.

SCARANO, LAURA (Ed.) (2008). *Los usos del poema. Poéticas españolas últimas*. Granada: Maillot Amarillo.

JAVIER MOHEDANO RUANO

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA
jmohedano.averroes@gmail.com